

---

DEBATES EN TORNO  
A LA CULTURA

---

**Imaginarios y retórica en torno a  
las fronteras ecuatorianas<sup>1</sup>**

**ROQUE ESPINOSA**

Universidad Andina Simón Bolívar,  
Sede Ecuador

**RESUMEN**

El «poder republicano» en el Ecuador, durante los siglos XIX y XX ha representado de opuestas maneras el espacio de frontera con Colombia («el hermano del Norte») y con Perú («el enemigo», «Caín de América»); representaciones que han generado discursos de soberanía, cuya función es buscar la construcción de un orden social, la implantación de «leyes» (de la Iglesia, el Estado). Por otro lado, las fronteras, sobre todo surorientales, eran representadas como espacios indeterminados («zonas baldías», ignotas, peligrosas, con una débil o nula presencia estatal), y sus habitantes, como «salvajes». Todo ello generó otro tipo de discursos: los civilizatorios, que buscaban misionar; colonizar y concesionar (esto es, ceder el control de territorios baldíos a compañías e inversionistas extranjeros, para que se hicieran cargo de la explotación de recursos naturales y la administración de los mismos). Si bien las diferencias entre los discursos se difuminan, los imaginarios de los que se parte (en relación con los territorios baldíos y zonas de frontera) se mantienen y reconstituyen durante el siglo XX. Ambos son retóricas que contribuyen al desconocimiento y negación de la realidad de estas zonas.

- 
1. Este trabajo retoma y desarrolla algunas ideas de dos textos anteriores: «Anotaciones sobre los discursos en torno a la frontera colombo-ecuatoriana», *Comentario Internacional, revista del Centro Andino de Estudios Internacionales*, No. 6, II semestre 2005-I semestre 2006; «Efectos del conflicto colombiano en las provincias de la frontera Norte de Ecuador: Esmeraldas, Carchi, Sucumbíos», Introducción, Quito, UASB / BID, 2006.

PALABRAS CLAVE: Representación, imaginario, frontera, civilizatorio, discurso, poder, concesión, Estado, indígenas, colonización.

## SUMMARY

The «Republican power» in Ecuador, during the 19th and 20th centuries has represented in contrasting ways the border space shared with Colombia («the brother of the North») and with Peru («the enemy», Cain of America); representations that have provoked debates on sovereignty, whose function is to search for the construction of a social order, the implanting of «laws» (of the Church, the State). On the other hand, the borders, especially those in the south east, were represented as underdetermined spaces (undiscovered dangerous «wastelands», with a weak or non-existent state presence), and its inhabitants, as «savages.» All of this sparked another type of debate: those that aimed to civilize the inhabitants, who sought to preach to them; colonize and grant concessions (that is, give control of the wastelands to foreign companies and investors, in order for them to exploit and manage the natural resources). If the differences between the debates became blurred, the imageries of those who left (in relation to the wastelands and border zones) remained and were rebuilt during the 20th century. Both are rhetorics that contribute to the lack of knowledge and denial of the reality of these zones.

KEY WORDS: Representation, imaginary, border, civilizers, speech, power, concession, State, Indians, colonization.

## INTRODUCCIÓN

CONVIENE RETENER UNA afirmación: al inicio de *La colonización de lo imaginario*, Serge Gruzinski, señalaba que su empresa al analizar una vasta documentación entre los siglos XVI-XVIII, era estudiar a los indios de la Nueva España o, «para más ser exactos, captar lo que representaban a los ojos de las autoridades españolas». <sup>2</sup> Su esfuerzo, en este sentido, estaba orientado a entender la manera cómo el poder español representaba a los indios mexicanos durante la «Colonia».

Esta afirmación puede ser retomada de manera general: en distintos ámbitos se puede estudiar la manera cómo el poder representa a las gentes y los espacios en que éstas viven y sobre los cuales intenta tener algún tipo de control. Desde esta perspectiva podemos decir que este trabajo reflexiona

---

2. Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 11.

sobre la manera cómo el «poder republicano» representa el espacio de frontera y quienes habitan en este ámbito de qué modo, sobre la base de esta representación, se genera un discurso de carácter civilizatorio y de soberanía que anima la retórica política y las prácticas sociales derivadas de esta última. Finalmente, cómo esta retórica histórica se intercepta<sup>3</sup> como una nueva retórica derivada del conflicto, primero con el Perú y actualmente con Colombia.

## LAS TÓPICAS POLÍTICAS SOBRE LAS FRONTERAS

### AMIGOS Y ENEMIGOS

Desde comienzos del siglo XIX y hasta finales del XX, Ecuador mantuvo una conflictiva relación con el Perú, que le llevó a una situación permanente de guerra, debido a la indefinición de sus fronteras, particularmente, en la región amazónica. Esta situación «culminó» con la guerra de 1941, que dio origen al Protocolo de Río de Janeiro de 1942, por el que se demarcaron las fronteras y más tarde a las «guerras» de 1982 y de 1995, que terminaron con el reconocimiento de dicho Protocolo.

Esta situación permanente de conflicto dio origen a una extensa literatura que, al menos en el caso ecuatoriano, se puede rastrear en la denominada «Historia de Límites» que hasta fines de los años 70 fue asignatura obligatoria para los últimos años de bachillerato en todos los colegios del país. En esta literatura las tópicas,<sup>4</sup> especialmente después del Protocolo de Río, son continuas y recurrentes, y describen de una manera específica al Perú y al Ecuador. Perú es generalmente considerado el «enemigo del Sur», el «Caín

- 
3. Gruzinski, dice que los imaginarios nacen en «el cruce de las esperas y de las respuestas, en la conjunción de las sensibilidades y de las interpretaciones, en el encuentro de las fascinaciones y los apegos suscitados por la imagen» (Serge Gruzinski, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a «Blade Runner» (1492-2019)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 14). De una manera igualmente general se puede decir, por tanto, que los imaginarios se constituyen en el cruce, conjunción y fascinación de las interpretaciones y sensibilidades que aquellos suscitan y que unos y otros forman parte de los discursos políticos, en este caso, sobre frontera.
  4. No es este el momento de hacer un estudio pormenorizado de estas tópicas. Algunos aspectos de esta temática se destacan en el documento *Efectos del conflicto colombiano en la frontera Norte de Ecuador*.

de América», el vecino siempre traicionero que lenta o descaradamente, a través de las armas o el engaño político y diplomático, le ha hincado el diente a vastos territorios ecuatorianos de la Amazonía. A su vez, las élites ecuatorianas describen al Ecuador como un país pequeño, débil, que no ha podido oponerse a un enemigo mayor, poderoso y mejor armado, en buena medida porque los gobernantes han sido considerados como incompetentes para enfrentar las acciones del Gobierno peruano, e insensibles para prestar oído a las quejas y denuncias del avance de tropas y colonos del sur sobre territorios ecuatorianos. A su vez, los gobernantes peruanos han sido considerados, casi siempre, como «desconfiables», arteros y mentirosos, tópicos que se desplazaron para configurar la imagen y estereotipo de los «peruanos».

A diferencia de estas tópicos e imágenes de Perú y los peruanos, Colombia es descrito como un país hermano, en buena medida porque al igual que Ecuador, provienen de una misma matriz: la Gran Colombia. Se trata de un país amigo que encarna al buen vecino. A diferencia de los peruanos, los gobernantes colombianos son, generalmente, considerados como confiables y fraternos y a ellos se puede, eventualmente, acudir. Por extensión, los colombianos son juzgados como hermanos, buenos vecinos y confiables. En una palabra forman (o formaban) parte de un «pueblo» afín al ecuatoriano.

Históricamente esta caracterización sobre los países vecinos ha tenido efectos prácticos y ha cumplido funciones concretas. Ha apuntado a demarcar la frontera sur-oriental y con ello a lograr un cierre de la frontera con el enemigo. Por el contrario, ha buscado mantener, al menos hasta hace poco, la frontera nor-oriental indefinida y abierta con un país amigo y con «nuestros» hermanos colombianos. Ha mantenido y exacerbado la imagen negativa de los peruanos, el Gobierno del Perú y el vecino del Sur, mientras que ha magnificado la imagen positiva de los colombianos, el Gobierno de Colombia y el vecino del Norte. Esto último ha permitido mantener una situación de permanente tensión con Perú y una situación de cercanía y buena vecindad con Colombia. Todo lo cual ha destacado las agresiones provenientes del Caín de América y atenuado la del Abel americano, aun cuando las evidencias históricas contradigan estas visiones.<sup>5</sup>

---

5. Un ejemplo: el Tratado Muñoz Vernaza celebrado con Colombia en 1916, y que dio origen a una serie de transacciones de este país con Perú a espaldas del Ecuador, hacia

Por supuesto, esta retórica no ha sido exclusiva del Ecuador, si bien aquí este discurso se ha desarrollado de manera más acentuada. De hecho, ha tenido su contraparte en la literatura del Perú. Por esta razón, un investigador peruano, al referirse al «enfrentamiento armado» de 1995, reconocía que el Ecuador ha sido para ese país su «enemigo íntimo». De ahí que la solución global del diferendo de acuerdo a derecho iba a permitir a los peruanos «ser otro, distinto al actual», y ello significaba «poner fin, en última instancia, a los ‘enemigos íntimos’ que tanto peruanos y ecuatorianos tenemos». <sup>6</sup>

### LAS FRONTERAS COMO ESPACIOS VACÍOS

La retórica recurrente sobre frontera no impidió al Ecuador frenar el avance peruano, a pesar de su marcado carácter guerrerista, ni impedir las agresiones diplomáticas colombianas. De hecho, condujo a acentuar la sensación de fracaso entre los ecuatorianos luego de la debacle de 1941, a ratificar los estereotipos que se habían generado históricamente sobre sus vecinos sureños, y a resaltar los imaginarios acerca de los vecinos del Norte.

Los discursos sobre las fronteras, en todo caso, pusieron en evidencia que estos espacios y, sobre todo las zonas sur-orientales, no solamente eran indeterminados, <sup>7</sup> sino desconocidos, y en ellos la presencia del Estado era débil, cuando no, inexistente. De ahí que las tópicos acerca de la buena y mala vecindad, generadas por políticos, juristas y militares, fuesen complementadas por otras que trataron de darle algún contenido concreto y que provinieron de misioneros, geógrafos, historiadores, entre otros. A diferencia de lo que se puede pensar, su contenido –es decir, de las tópicos sobre estos territorios– que se intercepta en distintos puntos y de manera recurrente con la visión de políticos y juristas, no tuvo un carácter «positivo». Antes bien, vinieron a rati-

---

finales de los años veinte y comienzos de los treinta, despojó a nuestro país en el papel de tanto o más territorio que el Protocolo de Río. Sin embargo, este hecho fue minimizado o escondido en la historia nacional mientras que el otro fue relevado de manera alucinatoria.

6. Alberto Adrainzen, «Perú y Ecuador: enemigos íntimos», en Adrián Bonilla, edit., *Ecuador y Perú. Horizontes de la negociación y el conflicto*, Quito, FLACSO, 1999, p. 88.
7. Sobre el territorio del Oriente, en las *Lecciones de Geografía de la República del Ecuador para niños* (Quito, Librería Roberto Cruz, 1917, p. 51), escrita por el insigne liberal e historiador Roberto Andrade, se lee lo siguiente: «Su área no es posible determinarla, porque no está demarcada la frontera con las naciones colindantes; pero se calcula que se halla [el Ecuador] en posesión de más de 400.000 kilómetros cuadrados».

ficar el desconocimiento y fortalecer una descripción «negativa» de dichas zonas.

¿Cuáles eran esos contenidos negativos? Una «idea» inicial, propia de los discursos que circularon en el continente desde antes del siglo XIX, es que se trataba de «espacios vacíos», por consiguiente «zonas baldías». Desde una perspectiva general esto último significaba que el Estado no había llegado hasta ellos y que por consiguiente la soberanía se había anclado, detenido en sus bordes. No en vano, a medida que se avanzaba por esos espacios se comprobaba que no había escuelas, ni puestos militares, que existían pocas iglesias, y que la presencia de maestros, curas y funcionarios públicos era escasa o nula. La soberanía, de algún modo, no solamente no había ingresado a esos espacios de manera que los integrara al Estado nacional, sino que en estos últimos aquella «había sido» o «estaba siendo» revocada a cada paso.

Se trataba de espacios vacíos porque el Estado no había impuesto sobre ellos la soberanía para integrarlos al resto de la nación. Eran vacíos, además, porque negaban la soberanía y la revocaban. Ambas maneras de comprender estos espacios a través del discurso implicaban, por una parte, un reto para que el Estado se hiciera presente y un esfuerzo para doblegar esa revocatoria.

### LAS FRONTERAS COMO ESPACIOS NATURALES

En el imaginario político ecuatoriano, un referente no muy distinto al del resto de países de América Latina, la frontera sur-oriental estaba ubicada más allá de lo territorialmente reconocido y por consiguiente estaban constituidas por lugares ignotos, zonas inimaginadas, regiones desconocidas.

Se trataba, casi siempre, de sitios malsanos, atravesados por ríos enormes, «montañas bravas» y selvas en donde pululaban la fiebre, los mosquitos, los animales voraces. Eran territorios innominados, vastos, «desérticos», «vacíos»,<sup>8</sup> en donde el misionero, el maestro o el viajero que se atrevía a internarse por ellos corría toda clase de riesgos y experimentaba indescriptibles sufrimientos. Eran territorios en donde no estaban vigentes el orden estatal y

---

8. «Anotaciones sobre los discursos en torno a la frontera colombo-ecuatoriana», *Comentario Internacional, revista del Centro Andino de Estudios Internacionales*, No. 6, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional, II semestre 2005-I semestre 2006, p. 271.

social, la ley, las instituciones públicas, la palabra de los funcionarios, ni de los enviados del cielo. Eran zonas agrestes e inhóspitas, con pocos contactos con el «mundo exterior» y en donde no existían –como se ha señalado– escuelas, iglesias, «vías de penetración», «puestos de vigilancia», como tampoco soldados ni gendarmes.<sup>9</sup>

#### NATURALES EN ESPACIOS NATURALES

En estos enormes espacios naturales compuestos por selvas, montañas, fieras, mosquitos, pantanos y precipicios, donde abundaba la lluvia, los ríos caudalosos y el calor era atroz, habitaban poblaciones autóctonas cercanas o en estado puro de naturaleza.<sup>10</sup> En el primer caso, se trataba generalmente de indios que ya habían tomado contacto con maestros y curas, comerciantes o buscadores de oro o caucho, y en el segundo, de indios que estaban en estado de salvajismo puro.<sup>11</sup>

A manera de ejemplo, un misionero e historiador, y el primer ecuatoriano ilustre que se adentró a fines del siglo XIX en las selvas surorientales con la finalidad de conocer y denunciar los avances de los peruanos en tierras ecuatorianas, razón por la que fue tomado preso y acusado de espía, a pesar de lo cual logró huir y regresar para contar sus aventuras, describe a los indios naturales de esa zona de la siguiente manera:

[...] a orillas del Santiago, allende el Morona, entre las hermosas palmeras del Pastaza: allí se mueven y multiplican jívaros feroces<sup>12</sup> y záparos indo-

- 
9. *Ibid.*, p. 272. Una reflexión muy interesante a partir de esta distinción se puede encontrar en Blanca Muratorio, «Nación, identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX», en Blanca Muratorio, edit., *Imágenes e imagineros*, serie Estudios-Antropología, Quito, FLACSO, 1994, pp. 138-142.
  10. En la literatura que se gesta a partir del siglo XIX siempre se hace esta distinción: indios que han sido sometidos y que si bien están cerca del estado de naturaleza, ya han tomado contacto con misioneros y colonos y por tanto ya están siendo sometidos, e indios que no han logrado ser sometidos y que son completamente salvajes.
  11. En los libros escolares se describía el «Oriente y sus habitantes» de esta manera: «3. Su territorio es feracísimo, cubierto de selvas seculares, cruzado de inmensos ríos y varias cadenas de montes, no todas conocidas hasta ahora»... 5. Gran parte de sus habitantes son todavía salvajes y no puede determinarse su número» (R. Andrade, pp. 51-52).
  12. Sobre los indios salvajes del Oriente como «jívaros», puede consultarse el trabajo de Anne-Christine Taylor, «Una categoría irreductible en el conjunto de las naciones indi-

lentes, con los cuerpos pintarrajeados, las orejas colgadas en fracciones y los labios perforados, que vagan como nómadas *por aquellas soledades*, a imitación de las fieras, o fijan su manción (sic) de helecho, guayacán y palmas, entre los bosques o los márgenes de ríos, alumbrados por pálidos rayos de la luna. Allí están esas naciones en perpetua lucha, viviendo en medio del peligro, nunca desapercibidos para la defensa, listas siempre para el combate; naciones rebajadas al nivel de los más viles animales, sometidos a las pasiones más indómitas y brutales, bajo el yugo de la ignorancia y del pecado; todas igualmente feroces, crueles, y degradadas. En ese paraíso custodiado de fieras, el hombre es la fiera más peligrosa y sanguinaria...<sup>13</sup>

## DISCURSOS QUE CIRCULAN

Hay que reconocer un hecho: los discursos sobre los espacios vacíos, desérticos, baldíos, no fue exclusivo de la frontera suroriental; se trata de un referente general que está presente en las descripciones más variadas a donde la soberanía del Estado, supuestamente, «no llegó» o fue revocada. Sin embargo, fue en la frontera suroriental y en la «Amazonía» en general, en donde mayor desarrollo (si cabe esta expresión) alcanzaron los imaginarios a los que dio origen.

Al constituirse como referente general, estos imaginarios sirvieron para describir la manera cómo fueron representados por el poder, es decir, por sus representantes y portadores, todos los espacios de frontera, esto es también las zonas correspondientes a las fronteras nororiental y noroccidental, que limitaban con Colombia. De ese modo, tanto los indios como las poblaciones negras de estas regiones fueron adscritas y por consiguiente descritas en función de tales referentes; esto es, en base de los imaginarios construidos por funcionarios públicos, maestros, historiadores, geógrafos para el Oriente. Se trata, de discursos que circularon, se reconstituyeron y se adensaron al integrar nuevas zonas que vinieron, supuestamente, a ratificar el vigor y la veracidad de sus enunciados.

---

genas: los jívaros en las representaciones occidentales», en Blanca Muratorio, *Imágenes e imagineros*, pp. 75-107.

13. Enrique Vacas Galindo, *Nankijukima: religión, usos y costumbres de los salvajes del Oriente del Ecuador*, Ambato, Imprenta de Teodomiro Merino, 1895, p. 10 (Cursivas añadidas por mí).



Por ejemplo, un poco antes de que Vacas Galindo hiciera su recorrido por el «Oriente», describiendo a los salvajes de esas tierras, el geógrafo alemán, Teodoro Wolf, al servicio del Gobierno ecuatoriano, partiendo de las descripciones de los indios salvajes de la amazonía, hizo su recorrido por la provincia de Esmeraldas y describió a las distintas razas y a los negros de las localidades de la región de la siguiente manera:

*Los negros, que viven en los pueblos y sitios y esparcidos entre las demás razas, son bastante civilizados, y no se distinguen de la otra gente sino por su color; pero hay otros que ocupan un distrito exclusivamente y forman como una nación extraña, viviendo en un estado muy primitivo, por no decir salvaje. En efecto, no sé si los indios Cayapas no ocupan una grada más alta en la escala de la civilización, que los negros que voy a hablar; en cuanto a moralidad no lo dudo.*<sup>14</sup>

Los negros a los que alude el ilustre geógrafo, bajaron de las haciendas de la provincia de Imbabura y poblaron las orillas de los ríos Santiago, Uimbí, Cachabí, Bogotá y fundaron «pueblecillos», tales como Playa de Oro, y aumentaron la población de otros sitios que ya existían, como Uimbí, Carondelet, Cachaví, Concepción. Se trata –dice Wolf– de una población de ascendencia «etiopo», que puede llegar a unos 1.500 a 2.000 habitantes. Sobre sus características manifiesta que:

El viajero que del río Cayapas cruza por tierra al de Santiago y llega a *Playa de Oro*, se cree de repente trasladado de las selvas americanas al África central; ayer se encontró con las caras serias y desconfiadas de algunos indios dispersos, y hoy se ve rodeado de una muchedumbre de gárrulos negros. Pero al entrar en este paraíso africano me dio un susto grande, porque fue la primera vez que vi una población *desnuda*. Los Cayapas no son amigos de gastar en vestido, pero sus calzoncillos cortos y los trapos que usan sus mujeres son decentes en comparación con las deshonestas pampanillas de los negros, que dejan las caderas descubiertas, y con las fajitas que usan las negras. ¡Pobres africanos, que del estado de esclavitud pasaron al de su primitiva salvaje! y de este estado no

---

14. Teodoro Wolf, «Memoria sobre la geografía y geología de la provincia de Esmeraldas, acompañado de un mapa geográfico de la misma provincia», en *Viajes científicos por la República del Ecuador, verificados y publicados por orden del Supremo Gobierno de la misma República*, vol. III, Guayaquil, Imprenta del Comercio, 1879, p. 49 (Las cursivas son del original).

se levantarán, mientras no se lleguen al contacto y roce con las clases civilizadas de la sociedad humana. Completamente aislados y limitados al trato de los suyos, conservan aquellas costumbres serviles e indignas, que les inculcaron sus antiguos amos inhumanos, pero gozando al mismo tiempo de la libertad ilimitada, desarrollaron todos los vicios a que la raza negra se siente inclinada, y entre los cuales hay que contar también una superstición grosera. Son cristianos, sí, pero aún hacen alarde de su religión; pero parece que ella no consiste más que en un sistema de ceremonias; y ¿de dónde aprenderían su sentido interior, si apenas ven la cara del cura? —Al observar tanta abyección y tanto desamparo, se entristece el corazón y se siente una profunda compasión por los infelices negros.<sup>15</sup>

Más que un discurso sobre los espacios vacíos que corresponden a los territorios «orientales» no integrados a la soberanía estatal y exclusivamente destinados a tipificar a indios naturales de esa región y que se encuentran en estado salvaje, se trata de un discurso general que circula y sirve para calificar a todas las zonas baldías, así como a todas las poblaciones que se encuentran ubicadas en esos territorios. En este último caso, a las zonas y poblaciones de la provincia de Esmeraldas (indios cayapas y negros) que son considerados el «último peldaño de la escala de la civilización».

Este discurso, transformado en referente general, se adensa para describir, como en el caso de los negros esmeraldeños, a sitios y poblaciones para extrapolarlos más adelante a otras poblaciones y sitios del país. Se trata de una «maniobra» que se ejerce desde el propio discurso, con la finalidad de proporcionar resultados prácticos a quienes los utilizan, pero que no por ello contribuye a una mejor comprensión de la «realidad de estas zonas».

#### DISCURSOS DE SOBERANÍA Y DE CIVILIZACIÓN:

##### UNA PRIMERA IMAGEN DE LOS ESPACIOS DE FRONTERA<sup>16</sup>

Los discursos de la soberanía cumplen una *función política* que tiene relación con la construcción de un orden social, es decir, la implantación de

---

15. *Ibíd.*

16. En lo que sigue se retoma positivamente la distinción de Foucault sobre el poder, en cuanto poder de soberanía, disciplinario y biopoder. (Al respecto puede consultarse, Michel Foucault, *Defender la sociedad*, Curso en el Collège de France (1975-1976), especialmente las clases del 14 y 21 de enero, y la del 17 de marzo de 1976, México, Fondo de Cultura Económica, 2000).

«leyes» (un sistema jurídico) en un determinado espacio; funcionarios públicos que sean representantes en ese espacio del Estado de derecho que impongan la ley y que controlen y juzguen a sus habitantes y sus intercambios a partir del sistema jurídico; presencia de instituciones públicas, portadores del Estado en el nivel local –incluidos puestos militares de avanzada y vigilancia–. No de otro modo se pueden constituir sujetos políticos y una sociedad democrática fundada en el contrato social. Extender la soberanía a los territorios de frontera supone, en este sentido, implantar e imponer el contrato social como condición básica para generar un orden social y político inexistente hasta el momento.

Por su parte, los discursos que describen a los territorios de frontera como espacios vacíos, en donde existen poblaciones (razas) en estado salvaje o semisalvaje, demandan la necesidad de civilizar a estos grupos como una *función moral* que abre la posibilidad de construir una sociedad fundada en la ley. A diferencia del anterior se trata de discursos civilizatorios, que se fundamentan en varias estrategias, de las cuales las más importantes son: 1. misionar; 2. colonizar; 3. concesionar.

Por medio de la primera se pretende «arrancarles» a los distintos grupos autóctonos de su estado de naturaleza y convertirlos en personas cristianas, capaces de transformarse en algún momento en verdaderos sujetos sociales. Para ello se identifican dos mecanismos esenciales que casi siempre van juntos: catequizar especialmente a mujeres y niños más dóciles y menos mezquinos que los adultos y escolarizar, particularmente a niños que todavía no están contaminados y cuyas «mentes» están todavía abiertas a otras enseñanzas.

Vacas Galindo dice al respecto:

Los misioneros dominicanos han empleado dos principales medios en la *conversión de los jívaros*: excursiones apostólicas y escuelas. Siendo de todo punto imposible reunir a la generalidad de los jívaros y atraerles hacia el misionero, *especialmente a las mujeres y a los niños* que, en su mayor parte, jamás tienen ocasión de acercarse al sacerdote, los misioneros se han visto en la imperiosa necesidad de recorrer las selvas a pie, con ingente trabajo durante días, semanas y hasta meses enteros, e ir de casa en casa, muchas veces caminando dos y tres días para encontrar una sola de éstas, reunir a cada familia y por medio de regalos y agasajos conseguir que permitieran por un rato *la explicación de las verdades naturales más obvias y de los primeros fundamentos de la fe cristiana...* El segundo medio, misionar a los jívaros, han sido las escuelas. La primera de nues-

tras escuelas la estableció el R.P. Francisco Lasplanes, el año 1888, en la jibaría de Arapicos, a una jornada de Macas. *Como veinte niños de naturaleza salvaje sí, pero de bella índole, vivos, inteligentes, aplicados, dóciles, frescos, lozanos como los albores de la infancia, frecuentaban la escuela con entusiasmo y constancia increíbles...*<sup>17</sup>

Más que una estrategia de soberanía se trata, en todo caso, de una estrategia de disciplinamiento que tiene por objetivo normalizar mediante el tránsito hacia el estado de civilización a las etnias salvajes. Con ello se pretende, además, normatizar sus prácticas, sus costumbres ancestrales, sus taras y atavismos. En una palabra: desterrar de sus experiencias de este mundo sus sistemas culturales y religiosos, mediante la implantación de creencias cristianas portadoras de la moral verdadera, y de las luces por medio de la escuela.

De la mano con la catequización se considera necesaria la colonización de estas tierras por parte de personas integradas a la civilización y a la sociedad nacional, para trasplantar en estos remotos lugares sujetos capaces de imponer nuevas prácticas, una moral cristiana y contribuir de ese modo al desarrollo de una nueva sociedad que funde la democracia. Esto especialmente en la perspectiva de imponer, en esta región, nuevas prácticas económicas y sociales que puedan arrastrar a estas poblaciones al mercado, al desarrollo de actividades productivas y a la implantación de la propiedad privada y la disciplina laboral, que dichas actividades demandan. Normatizar y disciplinar a partir del contacto con inmigrantes y difundir sanas costumbres y prácticas cristianas es la estrategia.

Gabriel García Moreno, presidente de la república, en 1870, en un Mensaje a las Cámaras decía al respecto:

*No está lejos el día que tengamos que perseguirla (a la raza jívara) en masa a mano armada, para ahuyentarla de nuestro suelo y diseminarla en nuestras costas, dejando libre a la colonización aquellas fértiles e incultas comarcas. Para éstas y otras partes despobladas de nuestro territorio, obtendremos en breve una inmigración de alemanes católicos, si dais al Gobierno la autorización y los fondos suficientes.*<sup>18</sup>

---

17. Enrique Vacas Galindo, *Nankijukima: Religión, usos y costumbres de los salvajes del Oriente del Ecuador*, pp. 194-195 (cursivas añadidas).

18. Gabriel García Moreno, *Escritos y discursos*, tomo II, p. 280, citado por Vacas Galindo, p. 186 (cursivas añadidas).

Por su parte, Vacas Galindo resaltaba que:

[...] si los blancos [inmigrantes] saben manejarse honradamente con ellos, tratarlos con ciertas consideraciones, teniendo en cuenta su estado de salvajismo, tolerar ciertas costumbres y proceder con alguna generosidad; en vez de un obstáculo, son los salvajes el más grande apoyo y la mejor garantía para establecerse en el Oriente... *De esta manera se haría un verdadero bien a esa raza infeliz, la inmigración tendría su mejor apoyo en ella y la república utilizaría con gran provecho el territorio y las riquezas del Oriente...*<sup>19</sup>

Aunque Wolf, al referirse a la provincia de Esmeraldas manifiesta que un tránsito brusco y forzoso a la civilización una inmigración repentina tendría funestas consecuencias para los pobres indios, para lo cual recomienda el paso suave de la vida silvestre a la vida social a través de las misiones eclesásticas,<sup>20</sup> de hecho no duda en declarar que los indios y los negros no se levantarán, «mientras no se llegue al contacto y roce de las clases civilizadas de la sociedad humana».<sup>21</sup>

Además de la colonización, sobre todo, de extranjeros capaces de sobrevivir a las inclemencias del clima y hacer productivas estas tierras, la tercera estrategia es concesionar. Esta última, más cercana a las estrategias de soberanía (incluso más cercana que la colonización), al punto que se confunde con aquella y es difícil determinar sus límites, supone la cesión del control de territorios baldíos a compañías e inversionistas extranjeros, de manera que se hagan cargo de la explotación de recursos naturales y la administración de los mismos.

El Estado tendrá poco que decirles porque se trata de una cesión económica más que política, que apunta a tornar productivas esas zonas mediante el establecimiento de un orden privado allí donde inversionistas nacionales han fracasado, y que será el preámbulo para la integración de estas tierras y sus gentes a la economía y al Estado nacional. Se trata de una concesión económica que encierra también una apuesta productiva que es interpretada

---

19. Enrique Vacas Galindo, *Nankijukima: religión, usos y costumbres de los salvajes del Oriente del Ecuador*, pp. 186-187.

20. Teodoro Wolf, *Viajes científicos por la República del Ecuador, verificados y publicados por orden del Supremo Gobierno de la misma República*, p. 58.

21. *Ibíd.*, p. 49.

como parte de las estrategias civilizatorias de la región, de ahí que tenga relación con la colonización y cristianización y se pueda identificar con las anteriores. De todos modos, la concesión como la colonización aparecen más como un ejercicio de soberanía por parte del Estado, en buena medida porque se intercepta con aquella y sus efectos, como los discursos que los constituyen y que circulan entre ambos registros.

### LAS ESTRATEGIAS DURANTE EL SIGLO XX

Durante el siglo XIX se generan dos tipos de discursos (de soberanía y civilizatorios), provenientes de distintos sectores sociales, actores e instancias públicas, estatales y eclesíásticas que se interceptan y adensan en distintos puntos y con ello producen efectos estratégicos concretos. Durante el siglo XX estas estrategias son usadas por el Estado ecuatoriano, las élites del país y la Iglesia, para imponer la soberanía en las zonas baldías, por un lado y, para cristianizar e integrar a los «salvajes» a la sociedad nacional, por otro.

Después de la guerra de 1941, como es obvio, estas estrategias adquieren mayor significación. Por esa época se inicia una campaña para extender la soberanía a los territorios más alejados mediante ambiciosos planes viales, localización de puestos de vigilancia, control y avanzada en sitios de frontera, implantación de la escuela y la enseñanza fiscal en zonas remotas, imposición de funcionarios y entidades públicas capaces de crear, mantener y reproducir un orden político-jurídico en zonas desconocidas.<sup>22</sup>

Hasta ese momento, la tarea más importante de integración de las zonas baldías y de los territorios de frontera fue la cristianización de «aborígenes» por medio de misiones de dominicos, jesuitas, salesianos, capuchinos, josefinos y finalmente carmelitas, al norte. No obstante, cuando (por esta época) el Estado comprueba que estas tareas civilizatorias y de domesticación no son suficientes para las expectativas políticas, hacia los años 50, permite el ingreso del Instituto Lingüístico de Verano (ILV), con la finalidad de doblegar de manera definitiva la resistencia de las etnias (a las que se les designa con

---

22. Buena parte de la acción política de José María Velasco Ibarra, cinco veces presidente (1934-1970) de la república del Ecuador, se puede entender como una estrategia de soberanía y civilizatoria. (Para una visión de la «obra de Velasco» en sus cuatro administraciones se puede consultar Robert Norris, *El gran ausente*, 2 vols., *Biografía de Velasco Ibarra*, Quito, Libri Mundi, 2005).

el genérico de «aucas») que hasta ese momento se mantienen reacias a las estrategias de cristianización de la Iglesia católica.

Conjuntamente con esta estrategia se da impulso a la colonización de regiones en donde existían importantes territorios baldíos. Esto sucede en el noroccidente de la provincia de Pichincha, así como de las provincias costeras de Manabí y Esmeraldas. Y, cuando se agotan las fronteras agrícolas en estas zonas, se redoblan los esfuerzos para colonizar el Oriente, plan que ha sido preparado por la acción de las misiones religiosas asentadas en esa región y el recién implantado ILV. Proceso que se acentúa a partir de los años 60 del siglo XX, período en que se desata en el país la reforma agraria que da paso a la colonización como estrategia complementaria de copamiento de los espacios vacíos, ampliación de la frontera agrícola e integración de estos territorios a la economía y al Estado ecuatorianos.

A la par con este proceso, desde la cuarta década del siglo XX se impulsa otro, de concesión de importantes zonas para la explotación de los recursos naturales e integración a la economía nacional de territorios explorados solo por viajeros, misioneros, algunos funcionarios públicos, caucheros y comerciantes, que se «atreveron» –según las noticias de la época– a «internarse en esas zonas». Esta situación se concreta en la región oriental a partir de 1937, cuando una compañía vinculada a la petrolera inglesa Shell empieza la prospección y exploración de crudo en esta zona, la cual se extiende hasta 1945; después de esto, la empresa «abandona» sus trabajos. De todos modos, dos décadas más adelante, se inicia la concesión de importantes territorios de esta región, que culminan con el «redescubrimiento» de petróleo en la zona oriental, recurso que se comienza a explotar a principios de la década del 70 del siglo XX.

Como se puede observar, en el siglo XX los discursos generados en el XIX, así como los dispositivos que tienen relación con una manera de ver y entender la realidad,<sup>23</sup> se ponen en funcionamiento y generan políticas y prácticas tanto de soberanía como civilizatorias y de control. Ambas las impulsa el Estado, pero en el primer caso las impulsa o pretende impulsarlas por su cuenta, mientras que en el segundo establece una transacción con sectores privados y la Iglesia. De todos modos, los contornos de una y otra clase de discursos y estrategias no siempre se pueden determinar porque, como se ha

---

23. Giles Deleuze, «¿Qué es un dispositivo?», en *Foucault filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1989.

señalado más de una vez, ambos se interceptan, adensan y circulan entre los dos registros, desdibujándose mutuamente. El resultado es la «participación» de los sectores privados, élites y la Iglesia católica en la instrumentación de las estrategias estatales de soberanía; y la intervención del Estado en la implementación de las estrategias civilizatorias.

Este proceso de difuminación de los discursos, registros y dispositivos, se torna más o menos perceptible cuando a finales del siglo, técnicos del Ministerio de Agricultura y Ganadería y la OEA, al analizar los impactos de la colonización y explotación de recursos naturales en las sociedades de selva y el equilibrio ecológico destacan que:

*Aunque las actividades de colonización y explotación de recursos naturales tienen como objetivo la incorporación de la Amazonía al desarrollo y soberanía nacionales, éstas han tendido a perjudicar el normal desenvolvimiento de las sociedades selvícolas y el equilibrio ecológico, en favor de grupos humanos de otras regiones del país como también de empresas transnacionales.<sup>24</sup>*

De todos modos, si bien los discursos así como los dispositivos se difuminan, los imaginarios de los que se parte (en relación a los territorios baldíos y zonas de frontera) se mantienen y reconstituyen a cada paso, dando como resultado la persistencia no solamente de estos últimos, sino de la retórica que se genera durante el siglo XIX.

#### DISCURSOS, IMAGINARIOS Y RETÓRICA SOBRE LAS ZONAS DE FRONTERA

En el caso de las zonas de frontera, los discursos tanto de soberanía como de civilización, traducen formas de representación como zonas «vacías». Estas formas de representación como zonas vacías por parte de «los poderes constituidos» se asientan –como hemos subrayado– en imaginarios que destacan que se trata de territorios y gentes en estado de naturaleza o cercanos al estado de naturaleza, los cuales hay que cambiar si es que se quiere

---

24. PRONAREG-Secretaría General de la OEA, Departamento de Desarrollo Regional, *Diagnóstico de la provincia del Napo, t. II, Aspectos demográficos y sociales*, Quito, Ediciones Abya-Yala / Secretaría General de la OEA, 1988, p. 453 (las cursivas son mías).



hacer posible el progreso y, más adelante (es decir, hacia la segunda mitad del siglo XX), el desarrollo en tales espacios.<sup>25</sup> Dichos imaginarios encierran un imperativo: transformar estos espacios y permitir a los poderes hacerlos parte del resto del país. Esto significa revocar las fronteras, es decir *expatriarlas*: ubicarlas como meros límites externos con Colombia y Perú.<sup>26</sup>

Los imaginarios permiten generar (desde distintos puntos) una retórica (soberana y civilizatoria) que desarrolla y justifica esas formas de representación y que tiene efectos discursivos prácticos, los cuales sirven de sustento a las acciones y políticas que genera el Estado, las élites dominantes y la Iglesia. Los imaginarios, desde esa perspectiva, cumplen dos funciones básicas: al interior del propio discurso y externas a este último. En uno y otro campo permiten, en todo caso, la contención y negación: tanto de las voces, quejas y alegatos que surgen desde los propios indígenas o negros, como de sus allegados (curas, maestros, funcionarios, viajeros) y representantes, así como de las memorias e historias que se pueden generar a base de esas memorias y que pueden dar cuenta de la situación real de esos espacios regionales. La retórica contribuye, pues, al desconocimiento y negación de la realidad de estas zonas.

No por otra razón, sobre las zonas de frontera, los espacios baldíos, los territorios habitados por indios y negros salvajes, durante el siglo XX no se genera un conocimiento sobre los mismos. Más bien se reeditan, magnifican, entrecruzan y con ello se adensan los imaginarios que sostienen los discursos históricos, sin que por eso llegue a conocerse más de lo que se conocía en el siglo XIX sobre estas «tierras y sus gentes». No hay que olvidar que hasta la fecha no se puede generar historias de frontera, del mismo modo que sigue siendo casi imposible generar historias locales y regionales.

Al respecto, una consideración marginal.

La retórica sobre la frontera, con sus mecanismos de negación, ocultamiento y contención, es parte constitutiva de la historia nacional. Ésta tiene como función destituir el acontecimiento, la heterogeneidad, las historias y las memorias locales, con la finalidad de mantener la unidad de sus interpretaciones y afirmaciones globales. La historia nacional es una historia de la soberanía y de las formas reconocidas de disciplinamiento y control social, a pesar de que unas y otras se forjan desde distintos puntos y de manera dis-

---

25. Véase, al respecto, la cita transcrita de los técnicos del Ministerio de Agricultura.

26. A continuación se precisa esta idea.

continua. De ahí que, aquella (la historia nacional) excluya los espacios y las gentes de las zonas de frontera que la destituyen. Para remover esta historia hay que desterrar, pues la retórica y los imaginarios en los que se asienta.

### UNA CONCLUSIÓN: LA FRONTERA COLOMBO-ECUATORIANA<sup>27</sup>

Hasta 1996 el Perú fue el enemigo del Sur, y los peruanos los sospechosos vecinos, cuando no los enemigos jurados a los que había que ver con desconfianza y resentimiento; eran portadores de la traición y el engaño que forman parte de los estereotipos sociales que la retórica les ha adjudicado. Sin embargo, cuando en 1999 se empieza a instrumentar el Plan Colombia, estos imaginarios que quedaron «suspendidos y flotantes» se adensan y se trasladan a la frontera Norte<sup>28</sup> y, en función de los mismos, se empieza a resituar y revalorizar esta región.<sup>29</sup> La invisible frontera del Norte, incluso a nivel del discurso, puesto que se trataba de una frontera supuestamente delimitada y no problemática, de pronto se hizo visible y portadora de una problemática aún más grave que la que representó la frontera con Perú, país con el que finalmente se delimitaron territorios a raíz del último conflicto. Como es natural, esta situación incidió para que tanto el discurso como los imaginarios sobre frontera cambiaran dramáticamente de la noche a la mañana. Y que desde estos imaginarios la frontera colombo-ecuatoriana fuera descubierta.

Como resultado de este giro, la hasta ayer frontera abierta y no problemática se convirtió en una frontera cerrada, cada vez más difícil de transitar y de vivir. Se trataba de una zona peligrosa, en donde la violencia campeaba a consecuencia de los efectos ocasionados por la acción de insurgentes y

---

27. Este y el siguiente acápite reproducen una parte de «Efectos del conflicto colombiano en la frontera Norte». Introducción. De todos modos, lo ubica en un contexto histórico que permite una mejor comprensión de los imaginarios y de la retórica.

28. Como he señalado en «Efectos del conflicto colombiano en la frontera Norte», ello fue posible por dos mecanismos propios de los imaginarios: la desterritorialización y des-temporalización de sus referentes.

29. Complementariamente a la implantación del Plan Colombia en 1999, en marzo de 2000, el Ecuador puso en vigencia el *Plan de seguridad de la frontera Norte* y, en diciembre de 2002, su *Política de defensa nacional (Libro Blanco)*, que ha sido actualizada en agosto de 2006, bajo la denominación de *Política de la defensa nacional del Ecuador*.

narcotraficantes que, en el lado colombiano, se habían apoderado de la región y amenazaban apoderarse de un área desprotegida en el lado ecuatoriano. Ya no era la zona idílica que, por omisión, había generado la visión tradicional. Como por arte de magia, ésta apareció como un espacio en donde la violencia de determinados actores había dado lugar al temor y al convertirse éste en un rasgo social específico que determinaba la vida cotidiana de la población, en miedo. Partiendo de estos referentes, no solamente que se descubrió esta zona como peligrosa sino amenazante,<sup>30</sup> puesto que existían influencias del «otro lado» que debían ser conjuradas, tal como, en su momento, habían sido enfrentadas las amenazas del enemigo del Sur.

Como los peligrosos actores «recién descubiertos» intentaban reducir la influencia del Estado, era éste el que debía administrar las medidas de contención necesarias. De esta manera, el análisis de los efectos dio lugar al análisis de las medidas defensivas para contener la situación detectada en el lado colombiano, a fin de evitar que se regara al Ecuador. Así apareció la *teoría del contagio*, cuyos orígenes se pueden rastrear en los imaginarios políticos de soberanía que se fabricaron durante más de siglo y medio.

Gracias a este desplazamiento, de pronto los «hermanos colombianos» no aparecieron ya tan hermanos ni amistosos, como se había creído. Intempestivamente surgieron como unos sospechosos vecinos, a momentos francamente peligrosos, de acuerdo con el estereotipo social que sobre la población colombiana se puso a circulación. Más que portadores de rasgos positivos (fraternidad, hermandad, buena vecindad) aquellos se convirtieron en portadores de rasgos negativos (peligrosidad, violencia, malos vecinos) que rápidamente dieron lugar a los estigmas sociales que anteriormente se les adjudicaron a los peruanos. La generación de estigmas y la circulación de los rasgos estigmatizadores en la zona de frontera en donde, buena parte de la población es colombiana, tiene parientes colombianos o mantiene relaciones económicas, sociales o culturales con los colombianos, fue el resultado del descubrimiento de la frontera. A partir de este instante, ya no fue recomen-

---

30. El nuevo *Libro Blanco* (2006), reconoce expresamente que «En la actualidad, las amenazas a la seguridad más significativas son aquellas que se derivan del riesgo de extensión de las situaciones de violencia más allá de las fronteras, con acciones de fuerza, proveniente de grupos ilegales armados; y, con diverso grado de incidencia, el narcotráfico, el tráfico ilícito de armas, el crimen organizado transnacional y el terrorismo». *Política de la defensa nacional del Ecuador*, Quito, Imprenta Mariscal, 2006, p. 54.

dable estar cerca de la frontera, juntarse con o ser colombiano. Las relaciones de frontera adquirieron un tinte negativo y fueron deslegitimadas.

La hasta ayer abierta y desconocida frontera se convirtió en una cerrada e igualmente desconocida frontera: un lugar en el que, como en el pasado, la presencia del Estado y de las instituciones públicas es débil, la vigencia de un orden social es lábil, y en donde habitan (en condiciones de un salvajismo incoado) un conjunto de sectores sociales marginales. Es decir, «unos» colonos sin dios ni ley que colindan y conviven, casi siempre en situaciones de conflictividad,<sup>31</sup> con un «conjunto» de pueblos originarios escasamente civilizados por el nivel de modernización, falta de cultura y escasa integración a la sociedad y al Estado nacional.

En otras palabras, la frontera colombo-ecuatoriana se ha ido delineando como una zona residual en donde, como resultado de la violencia o de las violencias desatadas, al igual que siglos atrás, campea la barbarie, el caos y la anarquía, que se refleja en la restringida presencia del Estado y en la falta de incorporación de esa zona a la sociedad nacional. No por otra razón, para la población asentada en esos lugares, ser de la frontera o estar en ella, de forma aún más atroz que antes, ha derivado en sinónimo de excluido que hay que civilizar y subordinar al Estado, antes que tratar de conocer sus condiciones concretas y, de ese modo solucionar los problemas sociales derivados de la explotación, la pobreza y la exclusión social.

---

31. Esta descripción es semejante de la que han sido objeto los colonos del departamento del Putumayo en Colombia por parte de la población de Mocoa, capital departamental. Mientras aquellos se autorrepresentan como «limpios» y «no contaminados» por la economía de la coca y la guerrilla, es decir, «tradicionales, conservadores, pacíficos y con arraigo en su región, según lo demuestra su historia de cuatrocientos años, los campesinos colonos cocaleros, se representan como violentos, auxiliares de la guerrilla, sin arraigo y, por tanto, sin identidad» (véase, al respecto, el lúcido trabajo de María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la guerrilla. Identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia / COLCIENCIAS, 2001, p. 149).

## OTRAS CONCLUSIONES

El que de unos años a esta parte se haya empezado a hablar de la frontera Norte no quiere decir que se haya comenzado a develar la situación de una región que ha permanecido invisible a la mirada nacional. Por el contrario, ha conducido a oscurecer aún más esta realidad, circunstancia que ha reactualizado y reposicionado las tópicos que históricamente se han generado y consumido sobre esta zona, y a las cuales hay que añadir las que han emergido en la última década. Dos de ellas han sido particularmente decisivas y han sido administradas por las organizaciones de DD.HH., la Iglesia católica, ciertos organismos internacionales (ACNUR), y las FF.AA. ecuatorianas.

Se ha señalado que la violencia descubierta en la provincia de Sucumbíos es una situación que tiende a generalizarse en toda la frontera. Por consiguiente, tiende a extenderse a las fronteras del Carchi y Esmeraldas. Esto significa que la realidad de Sucumbíos se ha tornado intercambiable con la de Esmeraldas y, en menor medida con la de Carchi. La conclusión es obvia: toda la zona de frontera es una región violenta, peligrosa, atravesada por el temor y el miedo. Además, es producto de un conflicto que tiene un origen externo, lo que revoca toda forma de violencia interna que al parecer es desconocida en el país. Se trata de un factor exógeno importado que está redefiniendo la tradicional situación de frontera.

Se ha señalado igualmente que a consecuencia de la agudización del conflicto colombiano y como resultado de la ofensiva desatada por el gobierno de ese país, esta región iba a ser inundada de miles de inmigrantes, desplazados y refugiados. Por esta razón, la hasta hace poco abierta y pacífica región fronteriza, en donde convivían como hermanos ecuatorianos y colombianos, ahora se ha convertido en una zona en donde se han hecho presente actores externos que a su paso han venido a generar violencia, a dislocar las relaciones sociales existentes y a precarizar la situación económica. Todo lo cual ha tenido importantes efectos políticos.

A pesar de que este discurso sobre los efectos del conflicto colombiano en el Ecuador ha sido prolífico en adjetivos, en la práctica ha venido –como hemos insistido– a distorsionar aún más las situaciones de frontera, adensando y resignificando viejos imaginarios. El resultado ha sido patético: desde la implantación del Plan Colombia y la adhesión (abierta o solapada) del Gobierno ecuatoriano a las iniciativas regionales, poco o nada se ha avanzado en el conocimiento de aspectos sustantivos acerca de la realidad de fron-

tera. Por el contrario, la emergencia de un nuevo discurso más que visibilizar la situaciones de frontera ha tendido a oscurecerlas. Actualmente se conoce de estas regiones tanto o menos que ayer, lo único que ha sucedido ha sido la emergencia de un discurso sobre la región que ha tendido a legitimar las medidas (sociales, estatales, nacionales e internacionales) administradas e impuestas sobre esta zona. Tal parece que una de las funciones del discurso y, en general de la retórica histórico política hubiera sido oscurecer la realidad para favorecer la aplicación de medidas políticas coyunturales correspondientes a los imaginarios establecidos.

## FINALMENTE

El «Plan Colombia» ha reposicionado la idea de que existe un «enemigo externo» en la frontera Norte y un conflicto que amenaza con regarse y contaminar al Ecuador, tal como anteriormente amenazaba el enemigo del Sur al «territorio patrio». Gracias a esta maniobra<sup>32</sup> se ha reinsertado un discurso sobre la defensa de la soberanía que, amparado en el membrete de la «seguridad», apela a la guerra como único mecanismo para resolver el conflicto y, por consiguiente, revoca las estrategias de domesticación, disciplinamiento y desarrollo que la retórica había impulsado históricamente. Guerra y seguridad aparecen actualmente como el discurso legítimo de frontera.

Privilegiar de ese modo los imaginarios de soberanía ha traído como consecuencia que se vuelva a considerar a las zonas de frontera como regiones que deben ser sometidas para poder ser civilizadas. En una palabra, la guerra se justifica por igual frente a todos ante la necesidad de generar un orden jurídico que garantice el sostenimiento del Estado nacional. Tal parece que avanzamos hacia la conformación de un discurso de conquista y de una estrategia que busca controlar la región y la población por medio de un biopoder que se recusa y refuerza (en esa recusatoria) desde diversos centros de decisión mundial y regional. Se trata de una maniobra que ha transformado al racismo en racismo de Estado, en tanto identifica como terroristas-guerrilleros-narcotraficantes o al menos sometidos a sus influencias, a las poblaciones de frontera.

---

32. «Efectos del conflicto colombiano en la frontera Norte», demuestra la falacia de esta afirmación.

No por otra razón, hoy más que hace siglo y medio, parece que la amenaza de García Moreno, empezara a hacerse realidad:

No está lejos el día que tengamos que perseguirla (a la raza jívara) en masa a mano armada, para ahuyentarla de nuestro suelo y diseminarla en nuestras costas, dejando libre a la colonización aquellas fértiles e incultas comarcas. ❖

Fecha de recepción: 03 marzo 2008

Fecha de aceptación: 30 abril 2008